

art buchwald

LAS FINANZAS DEL ASESINO

La cadena de televisión NBC ha pagado once mil quinientos dólares por una entrevista exclusiva con Sirhan Sirhan.

—Mister Crump: tengo entendido que es usted uno de los mejores agentes literarios de los Estados Unidos...

—Bueno, bueno... Soy persona modesta y no me gusta tirarme faroles.

—Yo venía a pedirle consejo. Estoy pensando en asesinar a una figura política importante y querría saber cuánto dinero podría sacarle al asunto.

—Pues verá usted: eso depende de quien sea la víctima. Si se trata de un político verdaderamente importante, puede sacarse un buen dinero. A las familias y a los abogados de asesinos previos se les ha pagado centenares de miles de dólares...

—Hay una pega, y es que yo no sé escribir.

—Eso no es problema. Siempre podemos encontrar un escritor que trabaje por usted. Firmamos un contrato en exclusiva con él y luego partimos las ganancias.

—Muy bien. ¿Sobre cuánto dinero podía calcularse esto?

—En primer lugar están los derechos del libro. Conozco a varios editores que están dispuestos a pagar cantidades hasta de seis cifras por la exclusiva de la historia escrita por un asesino. Aparte de eso están los derechos de la serialización en prensa. También aquí podemos sacar cantidades de seis cifras. Firmamos contrato con una revista y después arreglamos la publicación de una serie en un diario...

—¿Y qué hay de la televisión?

—También firmaríamos un contrato con la televisión, pero tendría que ser a base de exclusiva. Nada de hacerlo gratis. Cuando usted vea una cámara de televisión cierre la boca. Así podremos más tarde cobrar bien las entrevistas.

—¿Podríamos conseguir que un productor se decidiera a rodar una película de mi vida?...

—Creo que sí, sobre todo si el asesinato lleva consigo algún elemento misterioso. Para eso conviene que haga declaraciones contradictorias durante el juicio, tal como hizo James Earl Ray. De esta forma los guionistas podrán darle un tinte dramático al asunto...

—¿Qué más tenemos a la vista?

—No podemos olvidar los derechos de reproducción en el extranjero, ni tampoco sus cartas personales, que seguramente tendrán algún valor. Además hay que tener en cuenta la historia de su mujer, que podría venderse aparte; la historia de su madre, y, quizá, un posible libro con su álbum familiar.

—¡Madre mía! ¡Esto es mucho más de lo que yo mismo suponía!

—Por supuesto, tiene usted que tener en cuenta que no todo el dinero será para usted. El abogado defensor le sacará una buena pasta. Después está mi comisión, los gastos de investigaciones de su colaborador y el dinero que tenemos que pagar a la gente que nos autorice a utilizar sus nombres en la versión cinematográfica...

—Bueno, de todas maneras siempre quedará un buen fajo de billetes para mí y para mi familia, ¿no es cierto?

—Desde luego. Usted y su familia saldrán muy bien de todo esto.

—La verdad es que nunca imaginé que podría sacarse tanto dinero por asesinar a alguien...

—Sólo en los Estados Unidos, ¿sabe usted?

(Copyright 1969, The Washington Post Co.—Distribuido por Editors Press Service, Inc.—Agencia Zardoya.)

SENADO Y PODER PERSONAL

Un debate con sesenta años de retraso



T. ROOSEVELT: POLÍTICA DEL «GRAN GARROTE».

Este debate en el Senado de los Estados Unidos se produce con cuatro años de retraso. Los senadores, por setenta votos contra dieciséis, han votado una resolución en la que se conjura a «los presidentes» de los Estados Unidos a no comprometer al país en guerras exteriores, o en compromisos con otros países, que pudieran conducir a la guerra. Su orientación hacia el futuro no oculta —no lo han ocultado los discursos del debate— la obsesión del pasado, la acción del presidente Johnson, mediante el incidente del golfo de Tonkin, para introducir de lleno al país en la guerra del Vietnam. Algún discurso ha señalado que el retraso en esta advertencia es de sesenta años; hay sesenta años de «erosión» en la acción senatorial sobre la política exterior de los presidentes. La resolución, que lleva el nombre de Fulbright-Cooper —por el de los senadores que la han presentado y mantenido—, exige explícitamente que un «compromiso nacional» sólo puede producirse tras la aceptación de éste por las ramas legislativas y ejecutivas, como consecuencia de un tratado o un estatuto o una resolución tomada por ambas cámaras del Congreso, en cuyo texto se prevea ese «compromiso nacional». Por compromiso nacional se entiende el «uso de fuerzas armadas en un territorio extranjero o la promesa de ayudar a un país, gobierno o pueblo extranjero por el uso de las fuerzas armadas o los recursos económicos de los Estados Unidos», bien como consecuencia de ciertos acontecimientos, bien para evitar que esos ciertos acontecimientos

se produzcan. En realidad, este poder de declarar o impedir guerras pertenece a las dos cámaras del Congreso por la Constitución, pero los presidentes han encontrado siempre fórmulas para soslayar esta autorización. No debe olvidarse que la guerra del Vietnam no es oficialmente una guerra, y que no ha existido como guerra en los textos oficiales de los Estados Unidos. En el debate no sólo se ha citado la resolución de Johnson tras el incidente del golfo de Tonkin, sino otras actuaciones presidenciales similares, como la del primer Roosevelt (Teodoro), inventor de la fórmula del «gran garrote», cuando envió tropas a Nicaragua para preceder la construcción del Canal de Panamá; los compromisos europeos de Wilson antes de la primera guerra mundial y la venta de barcos de guerra por Franklin Delano Roosevelt a la Gran Bretaña, antes de la segunda guerra mundial. Como todas aquellas acciones resultaron finalmente en beneficio de los Estados Unidos, la opinión pública pasó por alto lo que se consideran ahora violaciones a la Constitución, en vista de que la última acción presidencial ha conducido a un fracaso. Doctrinalmente, y al margen del tema tratado, este debate significa un nuevo esfuerzo del poder legislativo para recortar los poderes presidenciales. Forma parte de una serie de acciones parlamentarias por las que se pretende evitar el poder unipersonal que ha ido creciendo en los últimos años, sobre todo a partir de la última guerra, para regresar a una base tenida como más democrática.

EL CASO DE LOS TELEFONOS VIOLADOS

La desaparición de la intimidad y del secreto de la comunicación es algo que, resignadamente, se ha ido admitiendo en el mundo. Las películas de espionaje nos han acostumbrado a que eso ocurre con los otros. Las de celos y sospechas, que puede ocurrir con todos. En los Estados Unidos ha supuesto un verdadero choque emocional la admisión oficial, por parte del FBI —personalmente de su director, Hoover—, de que el teléfono de

Martin Luther King estaba continuamente registrado, y ello por orden del que fue ministro de Justicia, Robert Kennedy. La sacralización de los dos personajes asesinados con tan escasa diferencia en el tiempo, la mitificación de su recuerdo como defensores de las libertades humanas e individuales ha hecho particularmente odiosa la revelación. La declaración de Hoover según la cual el registro de conversaciones sólo se ha hecho y se hace en

casos referidos a «espionaje o sabotaje de agentes del enemigo», no cuadra con la imagen de Martin Luther King; cuadra aún menos con la de Robert Kennedy que fuese éste quien, al final de una cadena de escuchas, vigilase las conversaciones del dirigente de la lucha por los derechos civiles. Altos funcionarios de Justicia, que trabajan con Robert Kennedy y continuaron después de él en el Ministerio, niegan este aserto y aseguran que las peticiones de Hoover para registrar tales conversaciones fueron repetidamente denegadas. El FBI explica que este trabajo de escucha fue iniciado hace treinta años por orden del presidente Roosevelt.

Existe una fuerte campaña para que J. Edgar Hoover dimita de su puesto de director del FBI, en el que lleva cuarenta y cinco años. Precisamente este largo período se esgrime como una razón para que dimita: un hombre que, desde hace casi medio siglo, espía concienzudamente a los demás, con todos los medios técnicos y humanos puestos a su alcance, conoce tantos secretos políticos que es exageradamente peligroso. «En muchos aspectos —escribe el «Washington Post»— ha servido al pueblo de los Estados Unidos con habilidad, y merece su gratitud. Pero hace ya mucho tiempo que debía haber ofrecido su dimisión. Nadie dejará de reconocer la impropiidad y el peligro que representa el que quien ha transcurrido cuarenta y cinco años como dirigente de una organización de investigación de secretos mantenga un cargo tan poderoso y tan cargado, en el que puede hacerse peligrar a personas libres». J. Edgar Hoover se hizo cargo del FBI en 1924, cuando tenía veintinueve años (tiene ahora setenta y cuatro). Hoover le dio un tono austero y casi monacal: soltero, casto y abstemio,



HOOPER, MEDIO SIGLO ESPIANDO.

vigila cuidadosamente la vida privada de sus hombres, que no responden a la imagen frívolo-dramática que ha hecho de ellos la literatura popular, sino que están imbuidos de un sentido de misión moral. El FBI consta de unos quince mil agentes, de más de un metro setenta de estatura, licenciados en Derecho y sometidos a un entrenamiento especial que comienza con el psicoanálisis y termina con el manejo de las armas. Se adiestran en la base de «marines» de Quantico (Virginia). Teóricamente su misión es la de perseguir la infracción de leyes federales: han intervenido contra los gangsters, contra los agentes nazis y contra los comunistas americanos. Presumen de la capacidad técnica de sus laboratorios. Se dice que sus ordenadores electrónicos pueden identificar unas huellas dactilares en cuestión de segundos entre los 180 millones que forman su archivo (población total de Estados Unidos, 200 millones de habitantes). El nombre popular de G-men con el que se les conoce significa «hombres del Gobierno».

EL ALCALDE LINDSAY

¿Devorado por su ciudad?

Le llamaban el Kennedy republicano. John Lindsay, alcalde de Nueva York, el más aclamado después de Richard Nixon y Barry Goldwater en la Convención de Miami del pasado agosto, acaba de sufrir a los cuarenta y siete años su primera derrota. Derrotado en las elecciones primarias, no podrá solicitar en diciembre un nuevo mandato en nombre del partido republicano. No obstante, sigue en la brecha como liberal —antes se presentaba bajo las dos etiquetas—, pero el desaire que acaba de infligirle su partido pone en serio peligro sus oportunidades de éxito y, en consecuencia, sus esperanzas de acceder un día a la Casa Blanca.

Su vencedor, John Marchi, es un oscuro senador del Estado de Nueva York y nadie le reconoce talento alguno, pero es conservador, mientras que Lindsay ha irritado a muchos electores por su liberalismo.

Idealista, hombre de principios, el alcalde de Nueva York ha tenido, en efecto, la ambición de mejorar en su ciudad la suerte de los más miserables y, naturalmente, la de los negros.

Lindsay es también el hombre que ha devuelto Central Park a los enamorados y a los paseantes domingueros. Este inmenso espacio verde se

tan a Nueva York. La gestión de Lindsay ha sido marcada por desastrosas huelgas de los servicios públicos, que no le han sido perdonadas. La primera, una huelga de los transportes, paralizó la ciudad durante doce días. En enero de 1968, una huelga de basureros cubrió las aceras de inmundicias y provocó un grave conflicto entre Lindsay y Rockefeller, que le acusaba de incompetencia.

Pero la huelga más dramática fue la de los maestros, durante la que aparecieron las pancartas y los «badges» en los que se leía «Dump, Lindsay» («Lindsay, fuera»). Marcada de antisemitismo, privó a Lindsay no sólo del apoyo, ya dudoso, de la clase media blanca, sino también del de la poderosa comunidad judía de Nueva York.

Finalmente, en febrero, Nueva York sufrió una espantosa tempestad de nieve, cuyos efectos catastróficos fueron mal combatidos por los servicios municipales; esta vez quedó claro que Nueva York había devorado a su dueño. En abril, el viejo adversario de Lindsay, el demócrata Robert Wagner, que ni siquiera se había atrevido a presentarse contra él, en 1965, a su regreso de España, donde fue embajador, contraatacaba. Pero Wagner, lo mismo que Lindsay, lo mismo también que Norman Mailer, ha sido



había convertido en un lugar de tan mala fama que nadie se atrevía a aventurarse en él a partir de la caída de la tarde. Al crear el empleo de «comisario de parques», Lindsay ha devuelto su «Park» a los neoyorquinos, ha organizado en él juegos, bailes, concursos. Gracias a él se ha abierto en el parque un café que siempre está lleno.

Pero el pan y los juegos no le bas-

arrastrado por la ola conservadora que barre los Estados Unidos. En Los Angeles reeligieron, después de su campaña con los temas más racistas y reaccionarios, a Sam Yorty, que ya era alcalde en la época del gran levantamiento negro de Watts. Y Minneapolis eligió como alcalde a un policía que declara que Dios es su principal consejero. ¿Será también víctima Nueva York del gran miedo de América?

ENSEÑANZA

El modelo sueco

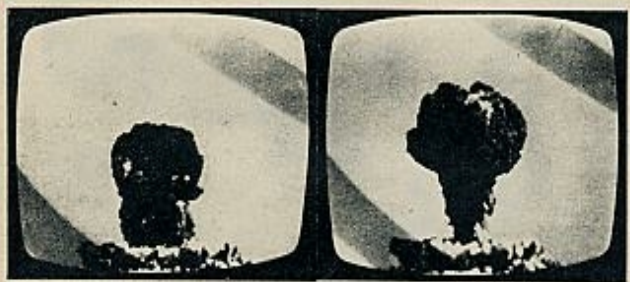
En Suecia las reformas no se hacen a la ligera. La escolar exigirá veinte años: doce de experimentación pedagógica (1950-1962), diez (1962-1972) para poner en marcha la escuela reformada a medida que se forma el personal y se levanta la infraestructura necesaria. En los departamentos, como Kalmar, donde se ha llevado a cabo la reforma, la escuela sueca resulta única en el mundo. La escuela de base (el período común) dura nueve años: de los siete a los dieciséis años. La especialización comienza tarde, a los catorce años, y muy restringida: de treinta y cinco horas de clase sólo cinco se dedican a la materia optativa.

No existen prácticamente fracasos es-

colares. Los chicos que no consiguen seguir el ritmo general son enviados a clases reducidas («clínicas») que llevan profesores muy bien formados en psicología y pedagogía.

No existen exámenes al modo tradicional, como tampoco castigos o vigilancia. «La presión es ineficaz y peligrosa. Se empieza por castigar en clase y se termina por construir prisiones y campos de concentración».

La educación activa y la pedagogía sustituyen la memorización abstracta y muerta: en vez de comenzar por el saber libresco, la enseñanza parte de la realidad viva, capaz de interesar a los alumnos, que exige una participación al alumno.



LA EXPLOSION NUCLEAR DE SINKIANG, EN JULIO DE 1967.

CHINA MILITAR EN 1970

«Sunday Times» acaba de publicar el relato del viaje del periodista australiano Francis James a China, donde ha visitado las instalaciones nucleares.

Según declaraciones de los físicos chinos al señor James, el programa atómico militar chino no sólo no ha sido frenado por la revolución cultural, sino que ha avanzado de forma gigantesca. He aquí, en resumen, lo que le dijeron los físicos que trabajan en la región de Lanchow (el gran centro atómico chino):

1. El país puede producir anualmente varios centenares de bombas A, pero todos los esfuerzos se han concentrado en la producción de materiales termonucleares (destinados a la bomba H).

2. China posee actualmente al norte de Lanchow, en la región de las montañas de Ala Shan, una fábrica de ultracentrifugación en la que se realiza la separación continua, rápida y barata de los isótopos del uranio (procedimiento que sueñan hoy por hoy los occidentales).

3. Que actualmente están construyendo un cohete intercontinental con cabeza nuclear capaz de recorrer 10.000 kilómetros, que será ensayado en breve.

(Ver reportaje sobre China en páginas 20 a 23.)